

pública en

El regreso de la gran arquitectura pública

Autor Daniel Kozak

El mayor desafío de la política en la Argentina poscrisis 2001-2002 fue el de recuperar la credibilidad del Estado. No solo a nivel nacional; este fue también el desafío de los desacreditados estados provinciales y municipales del país. Y como en muchos otros períodos –en nuestro país y en el mundo–, la arquitectura fue uno de los canales privilegiados para demostrar el renovado vigor estatal. No hay cinismo en esta aseveración. El uso de la arquitectura con el fin de contribuir a la reconstrucción simbólica y material del Estado no solo es una herramienta válida, sino muchas veces vital. La legitimidad y el aporte sociocultural de las obras específicas es un tema aparte y tiene que ver con muchos factores, como la construcción del programa, la elección del sitio y su valor en términos urbano-arquitectónicos. Por supuesto, también hubo muchos otros recursos, ejercitados por el Estado en sus distintos niveles, con el mismo fin, como la construcción de obras de infraestructura, e inclusive algunos de carácter más intangible, como la reorganización de estructuras burocráticas y cambios notables en políticas públicas de gran impacto social. No obstante –y más allá de nuestro evidente interés por la dimensión arquitectónica–, vale la pena detenerse en el rol que jugó la arquitectura producida por el Estado en esta década y media. Fue, sin dudas, uno de los medios favoritos para producir legados, y en más de una oportunidad los edificios recién inaugurados, o casi terminados, se encontraron en el medio de disputas de gran contenido simbólico. Aquí sí entramos en el terreno del cinismo y la pequeñez en la política local. El cortoplacismo que domina la política urbana en nuestro medio, y que pareciera incrementar en cada mandato, implica que difícilmente algún gobierno comience obras que supone que no podrá inaugurar –como muchas veces señaló Adrián Gorelik–. Esta es una de las razones por las cuales las obras de arquitectura ocupan un lugar preferencial; a diferencia de las obras de infraestructura de alta complejidad, en general, pueden construirse en un solo período. Por otro lado, lo primero que hacen los nuevos gobiernos con las obras asociadas a sus predecesores es intentar neutralizar esa asociación⁽¹⁾.

En los noventa, la ideología del repliegue del Estado determinó que las nuevas grandes obras de arquitectura –entre otras cosas– estuvieran principalmente a cargo del sector privado. Se organizaban concursos de edificios y espacios públicos, pero que usualmente no superaban la fanfarria de los premios. En los ochenta, la mayor

Obra

Polo Científico Tecnológico

Centro Cultural Kirchner

Buenos

Buenos Aires Casa de Gobierno

restricción fue económica, casi no construían ni el Estado ni los privados. Hay que retroceder hasta los setenta y especialmente hasta los sesenta para encontrar un despliegue equivalente de obra pública de gran escala construida. Incidentalmente, la década del sesenta fue también la última con un índice de actividad en la construcción comparable al que se dio en la mayoría de las grandes ciudades argentinas en este ciclo.

Observar los edificios públicos más emblemáticos construidos recientemente nos permite no solo indagar sobre las formas de autorrepresentación que anhelan los gobiernos que los encargan y financian, sino también explorar las lógicas disciplinares que imperan en la actualidad –y que corren por carriles paralelos a los de la política–, expresadas a través de los arquitectos que los proyectaron y los que oficiaron como jurados, cuando fueron el resultado de concursos.

Si tomamos a las cuatro mayores obras construidas en la Ciudad de Buenos Aires en esta etapa, el Centro Cultural Kirchner (CCK) y el Polo Científico Tecnológico, por el Gobierno Nacional, y la Jefatura de Gobierno de la CABA y la Usina del Arte, por el Gobierno de la Ciudad, podemos distinguir claramente a dos de los temas centrales de la agenda pública urbana actual: la cuestión del patrimonio⁽²⁾ y la de la eficiencia energética y el cuidado por el impacto ambiental de

- 1 El caso de la Usina del Arte, que retomaré más adelante, confirma la regla. Fue iniciado durante el gobierno de Anibal Ibarra, como la Usina de la Música –con el fin de construir una sede compartida para las orquestas Sinfónica Nacional y Filarmónica de Buenos Aires–, continuado durante el de Jorge Telerman (del mismo signo político) y concluido por el de Mauricio Macri (opositor de Ibarra y Telerman). Sin embargo, en el traspaso de gobierno las obras fueron prácticamente interrumpidas y solo retomadas hacia el final del primer mandato de Macri, con otro nombre y todos los cambios posibles para desvincular la obra de los gobiernos anteriores. De hecho, el cambio de nombre por uno provisorio, Usina de las Ideas, fue una de las primeras medidas adoptadas algunos meses después de la asunción del nuevo gobierno. El nombre definitivo, Usina del Arte, fue decidido cuando se reanudaron las obras con el fin de inaugurarlo durante la campaña para la reelección, cuatro años más tarde.
- 2 En el edificio de la Usina del Arte funcionaba una usina termoeléctrica de la Compañía Italo-Argentina de Electricidad; en el del CCK: el Palacio de Correos; y en uno de los edificios del Polo Científico Tecnológico: la bodega Giol. En los tres casos, y particularmente en los dos primeros, la restauración y el reciclaje de los antiguos edificios fue absolutamente central.

PROYECTOS PÚBLICOS DE ARQUITECTURA CONSTRUIDOS ENTRE 2006-2016

1. SITIO DE MEMORIA ex Casino de Oficiales y Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio ESMA
Alejandra Naftal, Hernán Bisman, Roberto Busnelli, Carlos Campos, Alejandra Dandan (2015)
2. POLO CIENTÍFICO TECNOLÓGICO
Estudio Parysow Scharogradsky Arquitectos, Hauser | Ziblat Oficina de Arquitectura (2015)
3. CENTRO DE EXPOSICIONES DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
Minond Estudio (2016)
4. CENTRO CULTURAL KIRCHNER
Becker-Ferrari, Bares|Bares|Bares|Schnack (2015)
5. MUSEO DEL BICENTENARIO
Becker-Ferrari, Bares|Bares|Bares|Schnack (2009)
6. MUSEO DE ARTE MODERNO DE BUENOS AIRES
Emilio Ambasz (2012)
7. USINA DEL ARTE
Ministerio de Desarrollo Urbano (2012)
8. BUENOS AIRES CIUDAD CASA DE GOBIERNO
Foster + Partners (2015)
9. CENTRO METROPOLITANO DE DISEÑO
Paulo Gastón Flores (2010)

Aires

los edificios en general⁽³⁾. Estos dos temas parecieran operar principalmente como un reaseguro de legitimidad en puntos sensibles –especialmente el patrimonio – para una buena parte de la sociedad⁽⁴⁾.

Por otra parte, el interés y los debates especializados que suscitaron estos edificios hacia el interior de la disciplina se enfocaron principalmente en cuestiones como la pertinencia del lenguaje en relación a la tecnología adoptada, la concreción de los detalles y la materialidad, los desafíos tecnológicos, los programas, la espacialidad y la luz. Un punto clave, que merece examinarse, es el vínculo que establecen los nuevos edificios públicos con sus entornos inmediatos y la ciudad en general. En qué medida amplían el espacio de la calle y, como el Panteón y las iglesias en la interpretación de la Roma del siglo XVIII de Giambattista Nolli, contribuyen a la conformación de una red de espacio público urbano. Cuán permeables son sus bordes y cuál es su aporte a la vitalidad de la calle. Qué aportan a los barrios que los albergan y cómo inciden en la estructura urbana de la metrópoli. En fin, en qué medida suman urbanidad a la ciudad.

En orden cronológico, el primero en terminarse de estos cuatro edificios, la Usina del Arte –desde su concepción como la Usina de la Música–, continuó una larga tradición de los cuerpos técnicos de la Ciudad que aspira equilibrar al sur y norte de la Capital Federal. Su contribución al circuito cultural y de espacios públicos es evidente; su patio de acceso y *hall* principal funcionan como un oasis en un entorno perturbado por la autopista Buenos Aires-La Plata.

- 3 Especialmente en la Jefatura de Gobierno de la CABA y en el Polo Científico-Tecnológico, la búsqueda de mayores grados de sustentabilidad en los edificios fue un tema medular de los planteos arquitectónicos y ocupó un lugar protagónico en la difusión de las obras.
- 4 Sin embargo, y específicamente en lo que concierne a la eficiencia energética en edificios, hasta ahora ha sido difícil tomar seriamente las intenciones del Estado (en este caso, también, en todos sus niveles) en cuanto a su compromiso con lo que se postula a través de sus edificios insignia. Si el objetivo es reducir el consumo energético del stock edilicio –que representa aproximadamente un tercio del consumo energético total en Argentina– no es a través de edificios excepcionales sino mediante políticas dirigidas a los edificios corrientes de las ciudades que se podrá lograr alguna mejora cuantificable. Y en esta área se avanzó poco. Ver: Kozak, D.: “Consumo energético: la responsabilidad que le cabe a la Arquitectura”. *ARQ Diario de Arquitectura Clarín*, N° 653, p. 10, 02/03/2015; y Kozak, D. y Romanello, L. *Sustentabilidad II: Criterios y normativas para la promoción de sustentabilidad urbana en la CABA*. Buenos Aires: Ediciones CPAU, 2012.

Por supuesto, un edificio aislado no alcanza para dar respuesta a los graves problemas urbanos de esta zona de La Boca. Aquí conviene recordar las limitaciones de la arquitectura y tanto la sobreestimación de su capacidad redentora como su envés, el recelo a su rol como agente gentrificador –es decir, que induce el desplazamiento de la población original por otra con mayor poder adquisitivo–. La inversión estatal en edificios e infraestructura físico-espacial en las zonas menos acomodadas de la ciudad es absolutamente necesaria, pero no es suficiente. Los mejores casos de *urbanismo social* –según el término difundido por la Alcaldía de Medellín– siempre son multidimensionales, como la construcción de los parques-biblioteca en tándem con el programa *Medellín la más educada*, y solo se sostienen a partir de la construcción de redes. Por otro lado, quienes impugnan las iniciativas de mejoras de la infraestructura y el espacio público en los barrios pobres –en este caso, el sur de Buenos Aires–, con el argumento de que esto provocará un aumento en el precio del suelo y consecuentemente desencadenará un proceso de gentrificación, no le hacen ningún favor a quienes viven allí. En primer lugar, porque este razonamiento conduce inexorablemente al mantenimiento del *status quo* del deterioro; desde esta perspectiva, evitar la expulsión de la población pobre de las zonas centrales se logra manteniéndolas en ruinas. Por otro lado, porque en ciudades como Buenos Aires –y, aparentemente, también en la gran mayoría de las ciudades del mundo⁽⁵⁾– lo que comúnmente se describe como gentrificación –y se intenta evitar– tiene muy poco que ver con lo que sucedió en los casos paradigmáticos de las ciudades anglosajonas que propiciaron el término, como el SoHo neoyorkino, en donde en el transcurso de pocos años hubo un altísimo grado de recambio poblacional y una transformación físico-espacial radical hasta la conformación de un entorno homogéneamente pudiente. En general, en los casos presentados como “gentrificación” en Buenos Aires lo más notable es el aumento de la diversidad socioeconómica en el perfil demográfico⁽⁶⁾.

La decisión detrás de la construcción de la nueva sede de la Jefatura del GCBA, frente al Parque Patricios, también responde a una política que promueve la inversión del Estado en el sur de la ciudad. El destino original previsto para el edificio era la sede central para el Banco Ciudad, en el contexto de una mudanza mayor de funciones

- 5 Buntin, J.: “The Myth of Gentrification”. *Slate Magazine*, 14/01/2015.

administrativas y gubernamentales al sur, en torno a un centro cívico que se construiría en terrenos del Hospital Interdisciplinario Psicoasistencial Borda, ubicado aproximadamente a 15 cuadras del Parque Patricios. Cuando a partir de una disputa por los terrenos del Borda la Justicia ordenó el cese de actividades en los predios en litigio, se decidió modificar el destino del edificio pensado para el Banco Ciudad, cuando la obra estaba concluyendo. Es interesante observar el discurso político que rodeó esta medida, que en sus intentos por hacer de la necesidad una virtud tomó prestados de la teoría arquitectónica, inadvertidamente, conceptos *rossianos* acerca de la transitoriedad de la función en la arquitectura de la ciudad, o del propio autor del nuevo edificio, Norman Foster, que en el discurso de la inauguración resaltó la flexibilidad de su proyecto que pudo sostener el cambio de función. Al margen de cuestiones prácticas como qué uso se le puede dar a las bóvedas de seguridad construidas para el banco, o más profundas como lo que expresa la represión que intentó acallar la protesta de los médicos y pacientes del Borda, el traslado del GCBA al sur y la construcción de un centro cívico responden a una política urbana acertada (7). Como señaló más arriba, este es probablemente uno de los anhelos de más larga data en los cuerpos técnicos de la ciudad, que atravesó gobiernos de orientaciones políticas disímiles, y que inclusive también formó parte del Plan Director para Buenos Aires de Le Corbusier, a través de su propuesta de un Centro Panamericano cercano a la estación Constitución. Aquí también cabe incluir una salvedad, si bien el objetivo de “favorecer al sur” es explícito y una guía de políticas urbanísticas en el GCBA, existen también incontables ejemplos de tendencias contrapuestas que actúan en forma regresiva –y también son de larga data–, como la diferencia en el cuidado y la calidad del equipamiento urbano (contenedores de basura nuevos en el norte y viejos en el sur), la calidad de los servicios básicos, e inclusive en el cuidado y la poda de los árboles. Un ejemplo notable que revela este sesgo territorial –que escuché señalar a Andrés Borthagaray– es la diferencia evidente entre el tratamiento de la 9 de Julio en sus extremos: de una avenida-boulevard elegante en el norte, a una cuasi autopista relegada en el sur.

Acerca de los bordes del nuevo edificio del GCBA y su relación con su entorno inmediato: su fachada principal, frente al parque, con orientación norte, es el gran aporte a la ciudad junto con su espacio de acceso principal. El virtuosismo de su estructura, la cubierta ondulada con las rajadas de luz natural cenital, la escala y los recursos tecnológicos empleados son excepcionales en la arquitectura de Buenos Aires. La fachada posterior es menos generosa con la calle. Es fundamentalmente la entrada para los autos y podría ser el frente de alguno de los edificios corporativos que bordean la autopista Panamericana desde los noventa. Los laterales, hacia el oeste y este, son aun menos urbanos, dos cuadras enteras casi completamente ciegas.

El Polo Científico Tecnológico, a diferencia de los dos casos anteriores, está ubicado en Palermo, en una zona altamente valorizada, que en los últimos años fue una de las áreas de Buenos Aires más dinámicas y con mayor inversión privada. En principio, desde la lógica del urbanismo, no parecería lo más razonable que el Estado destine recursos en un lugar así. Sin embargo, es oportuno aquí hacer una

distinción entre las lógicas particulares de los dos estados, el nacional y el local, que tienen sede y actúan en el mismo territorio de la CABA. La motivación del Estado Nacional detrás de la construcción del Polo Científico Tecnológico responde a políticas nacionales, principalmente a la jerarquización de la actividad científica pública y el aumento de su visibilidad. También responde a cuestiones prácticas como la necesidad de nueva infraestructura y equipamiento para aumentar la productividad del sector. Como su principal competencia no es local, es probablemente esperable que las prioridades en sus políticas no estén guiadas por cuestiones como equilibrar al norte y sur de la ciudad. Estas diferencias en los modos de operar sobre el territorio en los distintos niveles del Estado, en el caso de la Capital Federal, también son de larga data. En la primera década del siglo XX, por ejemplo, se enfrentaron “la mirada municipalista” y el “efecto nortista” del Gobierno Nacional, como advierte Adrián Gorelik, en torno a la ubicación de los monumentos para la celebración del Centenario. La gran mayoría de los monumentos conmemorativos que dispuso la Municipalidad fueron ubicados al sur de la avenida Rivadavia, mientras que todos los que emplazó el Gobierno Nacional están en el eje norte que va de plaza San Martín a Palermo, por Recoleta, paralelo al Río de la Plata (8).

De todos modos, y en términos de su incidencia en la ciudad, el efecto secundario de la decisión de ubicar al Polo Científico Tecnológico en ese lugar es positivo: suma diversidad y alternancia de usos en una zona que pareciera haber entrado en el ciclo que Jane Jacobs denomina “the self-destruction of diversity”; cuando el espacio en competencia es ganado mayoritariamente por los usos comerciales más redituables y se pierde así la condición que originalmente propició el encanto del lugar (9). Seguramente, no hubieran faltado inversores privados dispuestos a construir en un sitio como este. Pero si nos guiamos por los resultados de lo que se construyó en el predio contiguo –como veremos a continuación– queda claro que la ciudad salió beneficiada a partir de esta intervención pública.

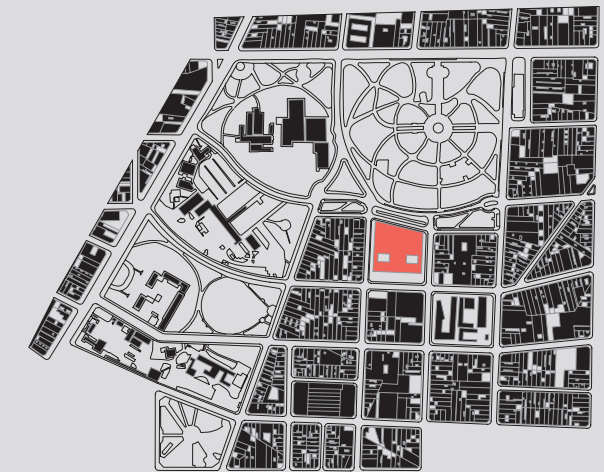
Las principales contribuciones urbanas del Polo Científico Tecnológico son la apertura de la calle Soler que vincula Godoy Cruz con la avenida Juan B. Justo, la plaza que une Paraguay con Soler y en general todos sus bordes que aportan interés y actividad a la calle. Salvo el frente corto sobre Soler, orientado al sudoeste y predominantemente opaco, el resto del perímetro del complejo, incluyendo el frente largo sobre la plaza, orientado al noroeste, es sumamente efectivo en su interacción con el espacio público abierto. Es imposible no compararlo con su nuevo vecino, el centro comercial a cielo abierto Distrito Arcos, ubicado en la manzana larga contigua entre Paraguay y Santa Fe. Como el Polo Científico Tecnológico, también ocupa terrenos con pasado ferroviario. El contraste entre el cuidado de su espacio interior y la negligencia de sus bordes urbanos no podría ser más evidente. Recorrer los casi 400 metros sobre avenida Juan B. Justo, ciegos, con los frentes de los maravillosos arcos de ladrillo que sostienen el viaducto del FC. San Martín tapiados con publicidad, anulados, soportando el calor y el ruido que emiten los equipos de aire acondicionado de los locales que están del otro lado del muro –y no se benefician siquiera de la luz natural que podrían obtener de la calle– es una experiencia desoladora. Sobre todo para quienes conocen el Viaducto des Arts en el Distrito 12 de París, construido a fines de los ochenta (10), e inclusive el ex Paseo de la Infanta, también bajo el FC. San Martín, un poco más al norte. Los frentes del Distrito Arcos y el Polo Científico Tecnológico sobre Godoy Cruz tampoco podrían ser más contrastados. Llegar a las cuadras del Polo Científico Tecnológico por Godoy Cruz desde Santa Fe, pasando por el interminable frente del Distrito Arcos con sus servicios y estacionamientos a la calle, funciona como aliciente.

La ubicación del Centro Cultural Kirchner, recientemente inaugurado, también responde más a cuestiones de representatividad del Estado Nacional que a lo que en principio indicaría una lógica urbanística. El edificio en sí y su emplazamiento están cargados de gran representación simbólica. Es uno de los sitios más densos en términos históricos y culturales, y también –desde una perspectiva más pragmática– uno de los más congestionados. En este último sentido, agregar más congestión, a partir de la convocatoria que un edificio de estas características requiere, podría ser objetado. Pero, en verdad, la mayor concentración de usuarios en simultáneo se va a dar a partir de los conciertos de las dos grandes salas, especialmente la de La Ballena Azul (con capacidad para 1750 espectadores), y eso ocurrirá en horarios a destiempo de la hora pico del microcentro. Durante los fines de semana, los momentos de mayor actividad del CCK, su presencia y convocatoria también servirán para contrarrestar la ausencia de actividades en esa zona central. Otro aspecto positivo de su localización, desde el mismo punto de vista, es su gran conectividad y accesibilidad –la mayor de la ciudad– precisamente por su gran centralidad.

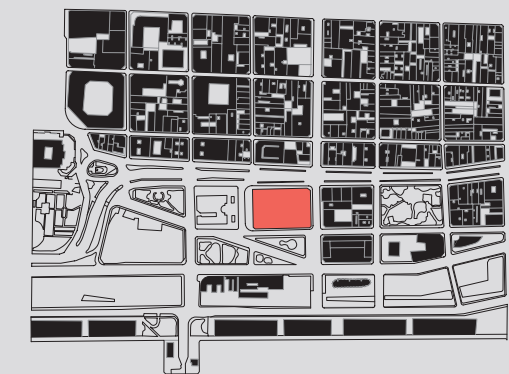
Uno de los temas más controversiales respecto del CCK fue la elaboración de su programa. La decisión de incluir dos grandes salas de concierto (11) y una sala de exposición de 900 m² –que pasó de ser llamada *chandelier* durante la obra, a su actual La Gran Lámpara– implicó que fuera difícil mantener gran parte del patrimonio del edificio original, como su sector “industrial”, incluyendo el antiguo sistema de tubos neumáticos, como advirtió Jorge Francisco Liernur en un diálogo reciente con Nicolás Bares, uno de sus autores (12). Se requirió que a un edificio gigante se lo hiciera aun más grande.

Por otra parte, la restauración de su envoltura histórica, el despliegue espacial de su interior y en general el excepcional espacio público que se suma a la ciudad es una enorme contribución para la Capital Federal. La gran asignatura pendiente es la realización del Parque del Bicentenario –según lo nombraron los autores del proyecto en el concurso–. Se trata de un nuevo eje cívico, perpendicular al de Av. de Mayo, entre plaza Roma y la plaza frente al edificio de la aduana, que reorganizaría a la actual caótica sucesión de espacios entre la Casa Rosada y el ex Correo Central –que incluye, por ejemplo, un helipuerto y un estacionamiento–, para conformar un nuevo parque lineal, que unificaría a las atomizadas plazas existentes y sumaría un nuevo espacio público abierto. Para el jurado del concurso, “el parque lineal del Bicentenario” fue uno de los componentes destacados del proyecto ganador (13). En el cambio de gobierno y signo político en el GCBA en 2007, esta fue una de las tantas iniciativas, que hubieran requerido coordinación entre los dos gobiernos que actúan en la Capital Federal –y una mayor cultura institucional, en general–, que quedaron archivadas.

Mirando hacia atrás, hasta diciembre de 2001, hay buenos motivos para celebrar lo que se ha hecho en materia de arquitectura pública. No solo los edificios aquí comentados, se construyeron también valiosos edificios en los municipios del AMBA, como el Instituto Municipal de Rehabilitación de Vicente López y las universidades nacionales del conurbano, como el campus de la UNSAM; en la Provincia de Buenos Aires, como el MAR en Mar del Plata; más una gran cantidad de excelentes obras en Rosario, Córdoba y muchas otras ciudades en Argentina. Se han vuelto a poner en forma mecanismos hurrumbrosos que permitieron esta producción. Hacia adelante, para continuar y superar lo hecho hasta aquí, la instancia clave para atender es la elaboración de las bases de los concursos y la definición de los criterios para los jurados. La urbanidad de los edificios públicos debería ser uno de los requerimientos fundamentales.—



Buenos Aires Ciudad Casa de Gobierno



Centro Cultural Kirchner



Polo Científico Tecnológico

6 Algunos de los argumentos que señalan que el fenómeno de la gentrificación está siendo sobrediagnosticado en las ciudades en América Latina, apuntan, por ejemplo, a la diferencia en el régimen de tenencia: en las ciudades anglosajonas para las que se conceptualizó originalmente el término, la gran mayoría de la población es inquilina y, consecuentemente, es más susceptible de ser desplazada, a diferencia de ciudades como Buenos Aires con aproximadamente un 65% de hogares propietarios (ver Vecslir, L. y Kozak, D.: “Transformaciones urbanas en la manzana tradicional. Desarrollos fragmentarios y microtransformaciones en el tejido del barrio de Palermo, Buenos Aires”. *Cuaderno Urbano*. Vol. 14, 2013, pp. 147-171); o como sostiene Marcelo Corti: “... en las ciudades latinoamericanas [la gentrificación] está lejos de constituir un fenómeno significativo. Entre otras cosas, porque las grandes desigualdades existentes y la gran cantidad de personas en situación de pobreza hacen difícil que el sector medio alto pueda desplazar a los pobres del centro de las ciudades...” (ver Corti, M.: *La ciudad posible: guía para la actuación urbana*. Buenos Aires: Editorial Café de las Ciudades, 2015, p. 225).

7 Por supuesto, es una política urbana acertada siempre y cuando no se descuide ni se vacíe de usos jerarquizados a la principal centralidad de la ciudad. En otras palabras, “que no se desnude a un santo para vestir a otro”, como me recordó Marcelo Corti, conversando sobre este tema.

8 Allí también se enfrentaban dos posiciones ideológicas bien diferenciadas acerca de cómo debía desarrollarse Buenos Aires en su década de mayor crecimiento. Ver Gorelik, A.: *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 1998, pp. 200-202; 206-208.

9 Ver la primera sección del tercer capítulo, “Forces of decline and regeneration”, bajo el mismo título: “the self-destruction of diversity”. En: Jacobs, J.: *The death and life of great American cities*. New York: Random House, 1961.

10 Ver www.leviaducdesarts.com

11 Además de La Ballena Azul, también está la Sala Argentina con capacidad para 534 personas.

12 Ver <http://www.asnoise.com.ar/?p=6289>

13 Ver http://socearq.org/index.php/concursos/concursos-sca/concurso_centro_cultural_bicentenario_resultados.html